

SAN JUAN BAUTISTA

1ª lectura (Isaías 49, 1-6): *Hizo de mi boca una espada afilada.*

Salmo (138, 1b-3.13-14ab.14c-15): *«Te doy gracias porque me has escogido»*

2ª lectura (Hechos 13, 22-26): *Cumpliré todos mis preceptos.*

Evangelio (Lucas 1, 57-66.80): *La mano del Señor estaba con él.*

El calendario de este año nos ofrece la posibilidad de celebrar en nuestra reunión dominical la fiesta de Juan el Bautista, aquel profeta judío que anunció la venida del Señor. La Iglesia, desde sus inicios, ha venerado la figura de Juan como “*el precursor*”. Por eso, al celebrar con alegría su fiesta, procuremos entender algo más su ejemplar figura y a la vez captar qué nos aporta a nosotros, a nuestro tiempo.

La historia de Jesús sería incomprensible si prescindieramos de todo el camino que la prepara, de toda la historia del pueblo judío. En este camino ascendente, dos personas ocupan el último peldaño que lleva hasta Jesús de Nazaret: aquella mujer sencilla del pueblo llamada María y este profeta inconformista llamado Juan.

Sin la fidelidad de una y otro a su camino, a su misión, si una y otro no hubieran vivido con generosidad su “**SÍ**” a lo que Dios esperaba de ellos, no podríamos imaginar cómo hubiese sido posible la aparición en la historia de la humanidad del Hijo de Dios.

Juan prepara el camino del Señor, desvela la conciencia de los judíos fieles que esperaban la venida del Mesías, pero que se lo imaginaban demasiado según sus deseos. Por esto Juan –con radicalidad, con exigencia- va al núcleo de la cuestión, centra en la raíz de lo que es preciso hacer: renovarse, convertirse, para poder descubrir, escuchar y seguir al Verbo de Dios que se hace hombre en Jesucristo.

Esta es la grandeza de Juan Bautista. La grandeza de su misión y la grandeza de la fidelidad con la que él la vive. Sin ahorrarse sacrificio, sabiéndose retirar cuando su misión está realizada, no pretendiendo entender más de lo que le es dado, sabiendo morir para no traicionar su verdad repetida valerosamente ante los poderosos.

Nuestra situación, como cristianos no es la de Juan. Jesucristo no es «*el que ha de venir*» sino «*el que ya ha venido*». Pero en parte sí que podemos hablar de una necesidad de conversión para una continua venida de Jesucristo, una necesidad de continuar el trabajo de Juan: preparar la venida de Jesucristo, más, a cada uno de nosotros, a cada hombre, a la humanidad, en cada momento de la historia.

Sólo con este trabajo nuestro de abrir camino, será posible que la palabra de Jesucristo sea descubierta, escuchada y seguida. Esta es la voluntad de Dios y esta es nuestra responsabilidad: que Jesús sea conocido y seguido a través de lo que nosotros hacemos. Por tanto, cada uno de nosotros, cada cristiano, tiene planteada una cuestión fundamental: ser o no fiel a esta misión de preparar el camino.

De ello depende que el Evangelio, la Buena Noticia de Jesucristo, quede desconocida, falseada, o sea un anuncio que libere, que comunique fuerza, que renueve al hombre; esta misión cada uno tiene su modo de realizarla (no hay normas de obligado cumplimiento), pero de un modo u otro debe realizarse “*sin excusas*”.

Si Juan se hubiera excusado en la mediocridad de los sacerdotes, en la corrupción de los poderosos de su tiempo o en la despreocupación de la mayoría de los judíos, no hubiera realizado su misión. Su ejemplo, un ejemplo para nosotros, es el de su valor, el de su entrega al trabajo que le tocaba realizar.

Pero otra cosa nos dice el ejemplo de Juan, algo que los cristianos necesitamos bastante: Juan une la radicalidad de su palabra, de su llamada a la renovación personal sincera, con la exigencia de su propia vida, con la fidelidad a lo que él dice. No es un hombre que diga y no haga, sino que dice y hace con exigencia, con radicalidad. Es un auténtico profeta de Dios.

Nuestra tentación a menudo, es excusarnos de esto o de aquello, en los defectos de los responsables de la Iglesia, en los de los políticos o en las circunstancias de la vida en nuestro mundo y de la sociedad actual... para no decir ni hacer. O, quizás, para decir pero no hacer (un decir que de nada sirve).

Recordemos que el día de nuestro bautismo el sacerdote nos dijo que seríamos: sacerdotes, profetas y reyes. **¡PROFETAS!** Quiere decir que hemos de hablar y vivir sin miedos, con radicalidad, siempre que sea preciso, para abrir camino a Jesucristo.

Ciertamente, hemos de reconocer que entre nosotros faltan profetas con el valor y la coherencia de Juan.

Hoy, cada uno de nosotros, debería preguntarse qué hace para abrir camino a la venida de Jesucristo a cada hermano, en cada situación humana, ahora y aquí.

Pidamos que la celebración de su memoria nos ayude a seguir, algo más, su ejemplo.